

Eduardo del Saz  
Ha muerto Blasco Ibáñez  
(*Plus Ultra*, nº 142, 1928)

En aquella villa andaluza funcionaba una librería más de la que la copla concede a las ciudades béticas. Como el dueño de ella proponíase arruinar al de la otra, trajo siempre novedades literarias. Por eso una vez, de paso por la ciudad, vi en el escaparate un libro abultado, cuya tapa rústica tenía el título de *Arroz y tartana*. De este modo, por casualidad descubrí, uno entre los primeros, al novel novelista Blasco Ibáñez. Presentaba aquella primera edición apariencia provincianota: grueso papel, grandes caracteres y —si no me miente la memoria— algunos adornos de tipografía pobre. El contenido, sin embargo, era capaz de satisfacer al leyente que busca de continuo filones vírgenes. *Arroz y tartana*, además, suponía la realización de la novela vivida y escrita en una ciudad, regalo ofrecido por un hijo suyo. Novelas así llevábamos en la cabeza los aprendices de entonces: algunos supieron realizarlos; los otros seguimos tan aprendices y tan proyectadores fracasados como antes. Fue *Arroz y tartana* un triunfo explosivo, inesperado y justo. Hoy, muerto el autor, al releer su primera obra óptima, confirmo aquel entusiasmo juvenil. Tras la victoria inicial vinieron *Flor de mayo* y *La barraca*. Nos hicimos blascoibañistas: muchos de nosotros le imitaron. La novela regional española cobraba flamantes bríos. Blasco Ibáñez, a quien la política y los negocios preocuparon demasiado, comenzó en breve a descuidar su obra. Junto al oro de muchas páginas aparecía ya la ganga: el filón, nunca exhausto, amenguábase. Recuerdo las aventuras partidistas de Blasco Ibáñez que jamás nos entusiasmaron; sus empresas de editor atrevido que nos admiraban; y sus pujos de colonización. Poseía Blasco Ibáñez una actividad avasalladora y desordenada; casi pudiera decirse que su voluntad fue producto de una especie de embriaguez, en la cual ahogaba sus debilidades. Pocos valencianos han tenido una facha de indolentes más típica. Pero, en verdad, atesoró un dinamismo enorme, de sultán guerrero, poeta y traficante. En los heroicos años de los conquistadores habría jugado eminente papel. La fortuna le volvió inútilmente las espaldas en varias ocasiones. Durante la lucha política no demostraba ambiciones: fue un

general, un caudillo disciplinado, virtud extraña entre la gente del oficio. Rudo y refinado, Blasco Ibáñez pasaba de un límite al otro. Hablen y escriban otras personas de los defectos: a mí solo me hizo el bien de sus páginas. Por eso no me obliga ningún piadoso convencionalismo a sentir la última e infausta aventura de mi admirado artista.